

"Estar con Cristo"

El Señor Jesús dijo en Juan 12:24-26: "De cierto, de cierto os digo: Que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor; si alguno me sirviere, mi Padre le honrará."

Entendamos que si queremos estar con Jesús, debemos abandonar la idea de hacerlo todo "a mi manera" y volver nuestro corazón para seguirlo a Él y hacer las cosas a Su manera. Juan 6 nos habla de algunos discípulos que se apartaron de Él y ya no andaban con Él. Cuando Jesús preguntó a los doce si también querían irse, Pedro respondió en Juan 6:68-69: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente."

Nuestra lectura de hoy está en Juan 14:1-3, donde Jesús, la noche antes de morir, da una promesa a sus discípulos:

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis."

¡Oh, qué promesa tan maravillosa es estar con Jesús! Oremos juntos. Padre celestial, te agradecemos porque tenemos la esperanza de un lugar, una morada contigo en el cielo. Te damos gracias porque podemos estar con Jesús, y te pedimos que Él esté siempre con nosotros y nos ayude a amarlo y servirlo con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. En el nombre de Jesús oramos, Amén.

Estar con Jesús, por supuesto, es un acto de fe. Jesús vivió en la tierra hace muchos, muchos años, pero Él es eterno. Está vivo en el cielo y puede estar cerca de quienes le aman y le siguen. Él nos conoce, sabe todo acerca de nosotros. Quiere que nos acerquemos a Él y le sirvamos. Desea que estemos a Su lado siempre. Así como Jesús andaba entre Sus iglesias en el libro de Apocalipsis, también hoy conoce a Su pueblo. Él sabe cuándo le amamos y cuándo fallamos en amarle. Conoce nuestros corazones y ve nuestra conducta. Quiere que estemos cerca de Él, pero nosotros debemos querer seguirle y servirle.

Seguirlo requiere fe. Hebreos 11:6 dice: "Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan." Seguir a Jesús requiere un cambio de corazón y de camino respecto al pecado. Debemos arrepentirnos. El Señor todavía dice en Lucas 13:3: "Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente." También implica confesarle. El Señor dijo en Mateo 10:32-33: "A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos." Amarle significa confesarle públicamente ante otros.

No estaremos plenamente con Cristo hasta que seamos bautizados en Él. Romanos 6:3 dice: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" Cuando somos bautizados en Su muerte, somos crucificados con Cristo. Romanos 6:6-7 añade: "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado."

Ahora, en el bautismo somos sepultados y resucitados con Cristo. Romanos 6:4 dice: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.” Cuando somos bautizados en Cristo, somos revestidos de Él. Gálatas 3:26-27 nos recuerda: “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.”

Romanos 6:5 añade: “Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.” El bautismo nos une a Cristo y nos concede una vida nueva. Y crecemos junto con Él. Colosenses 2:12-13 dice: “Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados.” Como puedes ver, el bautismo es el momento en el que Dios nos da vida juntamente con Cristo y perdona nuestros pecados.

Si estamos en Cristo, debemos considerar cómo vivimos. Colosenses 3:1-4 nos exhorta: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.” Debemos mantener nuestros ojos puestos en Jesús, quien es nuestra vida. Debemos anhelar lo que está por venir en el cielo, no lo que hay aquí en la tierra. Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios.

Y somos coherederos con Cristo. Romanos 8:16-18 dice: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” Un día viviremos para siempre con Cristo en el cielo como coherederos con Él.

El Señor prometió en Juan 14:2-3: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.” El Señor Jesús quiere pasar la eternidad con nosotros. Quiere habitar con nosotros en esta vida y en la venidera. También dijo en Juan 14:23: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.” Si deseas que el Padre y el Señor Jesús hagan morada contigo, debes amarlos lo suficiente como para guardar Su Palabra.

1 Pedro 1:3-5 dice: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.” Ah, el cielo es verdaderamente un lugar maravilloso, donde habita Dios. No hay enfermedad ni muerte. Nada puede corromperlo, contaminarlo o hacerlo desaparecer. Es un lugar perfecto de paz y amor.

Efesios 2:19 al 21 dice que “cuando estamos en Cristo y con Él, somos parte de Su familia y Su templo.” Pablo escribió: “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor.” Amigos, los cristianos no necesitamos un edificio-templo en Jerusalén, no; nosotros los cristianos en la iglesia, en Su iglesia, somos el templo santo en el Señor. Donde sea que vivan los hijos de Dios, ellos son Su templo. Por cierto, la palabra que se usa aquí para templo se refiere al lugar santísimo. La iglesia, el pueblo, es el lugar santísimo hoy.

El apóstol Pedro lo deja aún más claro: nosotros los cristianos somos sacerdotes en Su templo hoy. 1 Pedro 2:5 nos dice: “vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.” Luego enfatiza nuestro lugar en los versículos 9 y 10: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.”

Les digo, los cristianos tienen esperanza. Un día partirán y estarán con Cristo. Pablo escribió en 2 Corintios 5:6 al 8: “Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.” Cuando pasemos de esta vida, iremos a estar “presentes con el Señor.”

Romanos 14:7 al 9 nos recuerda: “Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, ya sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven.” Les digo, si permanecemos fieles, nunca dejaremos de pertenecer al Señor.

Pablo escribió en Filipenses 1:21 al 23: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor.”

Ahora bien, cuando Jesús venga otra vez, nuestros cuerpos serán transformados para que seamos como Él. Sí, como Él. Filipenses 3:20 al 21 nos recuerda: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.” Les digo esto: este cuerpo terrenal y humilde que posees ahora no fue hecho para durar para siempre. Podemos vivir en la tierra, pero un día moriremos. Y cuando Jesús regrese y nos resucite de entre los muertos, una de las cosas que hará es transformar tu cuerpo para que sea como el cuerpo de Su gloria.

1 Corintios 15:50 al 54 dice: “Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros

seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.” Y tenemos eso en Jesucristo.

Sí, con Cristo podemos vivir eternamente. Y la muerte ya no tiene dominio sobre nosotros. Mira lo que dice Romanos 6:8 al 9: “Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él.” Ahora, cuando somos vivificados con Cristo en la resurrección, no moriremos jamás. Viviremos eternamente en el cielo con el Señor. Romanos 8:11 dice: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”

Ahora, en el cielo estaremos sentados con Cristo. Oh, cuánto me alegra esta idea. Efesios 2:4 al 7 dice: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.” Espero con ansias la promesa de Dios.

¿No te dolería perderte la bendición de Dios de estar con Cristo en esta vida y en los siglos venideros? Si no caminas con Cristo en esta vida, habrás perdido todo en la eternidad. Por eso todos necesitamos venir a Cristo. ¡Venir al Señor! Amarlo, servirle, estar cerca de Él. Preocuparnos por lo que a Él le importa y servirle en todo lo que podamos. Tomar Su palabra en serio. Amar a Cristo significa guardar Su palabra. ¿Guardas Su palabra? ¿Lo amas?

Oremos juntos. Padre celestial, te damos gracias por Tu amor y por este día. Oramos para que siempre te sirvamos y te amemos de corazón. Que guardemos Tu palabra para que vivamos contigo por la eternidad. En el nombre de Jesús, Amén.

Colosenses 2:20 al 23 dice: “Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne.”

Mucho de lo que hoy se llama religión proviene de tradiciones humanas y de imaginaciones de las personas, en lugar de la Palabra de Dios. Si hemos muerto con Cristo, reconozcamos a Jesús como Señor y sigamos Su enseñanza encontrada en el Nuevo Testamento. Sólo Jesús es el camino, la verdad y la vida. Sólo Jesús es quien tiene palabras de vida eterna. Dios proclamó desde el cielo sobre Jesús en el monte, en Mateo 17:5: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.”

Ya que el Espíritu Santo guio a los apóstoles a toda la verdad en el primer siglo, no necesitamos tradiciones eclesiásticas ni imaginaciones humanas. Para conocer la voluntad de Dios, debemos acudir a las Escrituras que nos fueron dadas en el primer siglo. Las Escrituras enseñan la necesidad de creer y obedecer al Señor arrepiéndonos de nuestros pecados, confesando a Jesucristo como el Hijo de Dios, y siendo bautizados en Cristo para perdón de los pecados. Hechos 2:38 y 22:16 enseñan que somos perdonados y lavados de nuestros pecados cuando somos bautizados en Cristo. El bautismo en Cristo y

en Su muerte es una inmersión en agua de una persona lo suficientemente madura para creer y arrepentirse. Es en ese momento cuando Su sangre nos concede el perdón y nos da una nueva vida, según Romanos 6:3 al 7.